

Augusto Gadea de Santiago se dirige al ministro de Instrucción Sr. La Cierva para que en el programa de festejos del centenario se incluya la conservación de las ruinas de la venta del Puerto y D. José Antonio publica unas notas de tales ventas diciendo que no pueden ser otras que las llamadas de San Juan o del Quijote desde tiempo inmemorial, que solo se tienen noticias de que "en aquellos tiempos" existieran dos ventas o mesones con la designación común de ventas del Puerto Lápiche, nombre tomado de este lugar donde estaban implantadas y que es conocido desde la más remota antigüedad por ser el paso que pone en comunicación la provincia de Toledo con la de Ciudad Real y en realidad todo el norte con el sur de la península.

Las sierras que forman la angustura las llaman los naturales sierra Morena y la sierrecilla o del Molino, estribaciones últimas de los montes de Toledo que no dejan otro paso de norte a sur en toda su extensión, de ahí su importancia en todos los tiempos.

Dejando las alusiones a la antigüedad remota cuyos hechos están por puntualizar, D. José nos dice que el año 1806 compró el edificio "el vecino de esta aldea José Calcerrada Buitrago" y estaba bien acondicionada, conservando sus habitaciones espaciosas, cuadras, patio, cueva y un buen corral con su pozo.



Este retrato de D. José Antonio Alarcón y López Casero es bastante anterior a la época en que lo visitó AZORIN, porque al llegar a su casa salió a recibirlo y al descubrirse enseñó una calva rosada y reluciente que no se ve todavía en este retrato. Entonces era corriente que el hombre estuviera cubierto en su casa, bien con las prendas de vestir o con otras más cómodas y caseras: boinas, bonetes o gorras y gorros con pañuelo los labriegos. Y hasta los catedráticos cambiaban el sombrero de copa por el birrete el tiempo que estaban dando la lección, pero nadie estaba a pelo, por eso D. José Antonio tuvo que descubrirse estando en su casa y al hacerlo enseñó la calva que aquí no tiene.

El bigote tampoco es aquí gris, pero sin guías y romo se ve que lo tenía desde el principio y los ojos anchos, expresivos, como dice el maestro, pero no alegres sino lo contrario.

La cara es de hombre bueno, acaso muy bueno, pero no jovial, rasgos de carácter muy comunes en la clase médica, impuestos en gran parte por la profesión que tiene de por vida a quien la ejerce sujeto a las duras pero no a las maduras, razón inconfesada pero cierta de que el médico a lo D. José Antonio tienda a cambiar el medio que le rodea por lo mucho que le hace sufrir.

D. José Antonio murió en el Puerto el 17 de Marzo de 1910 a los 48 años de edad. Debíó ir a ejercer allí, por lo que habla en el periódico, después del cólera del 85, cerca del año 90 más bien y a poco de casarse. La fotografía ésta huele mucho a boda, si no del día, muy reciente. Entonces no se estilaba que los novios se retrataran juntos y hay que pensar que su prima hermana D.^a Heriberta Alarcón Quirós, natural de Socuéllamos, era ya su esposa y seguramente estaban en el Puerto pues los intentos de ejercicio en Criptana y en Socuéllamos, si es que los hubo, debieron ser breves.

D. José Antonio fue hombre alto, grueso y cachazudo, y murió de una fistula de ano, se entiende de las complicaciones infecciosas de esta dolencia que no se podían combatir eficazmente entonces.

En la guerra de la independencia, dos años después, como se deduce, fue incendiada por los franceses no quedando más que los cimientos, salvo el pajar que